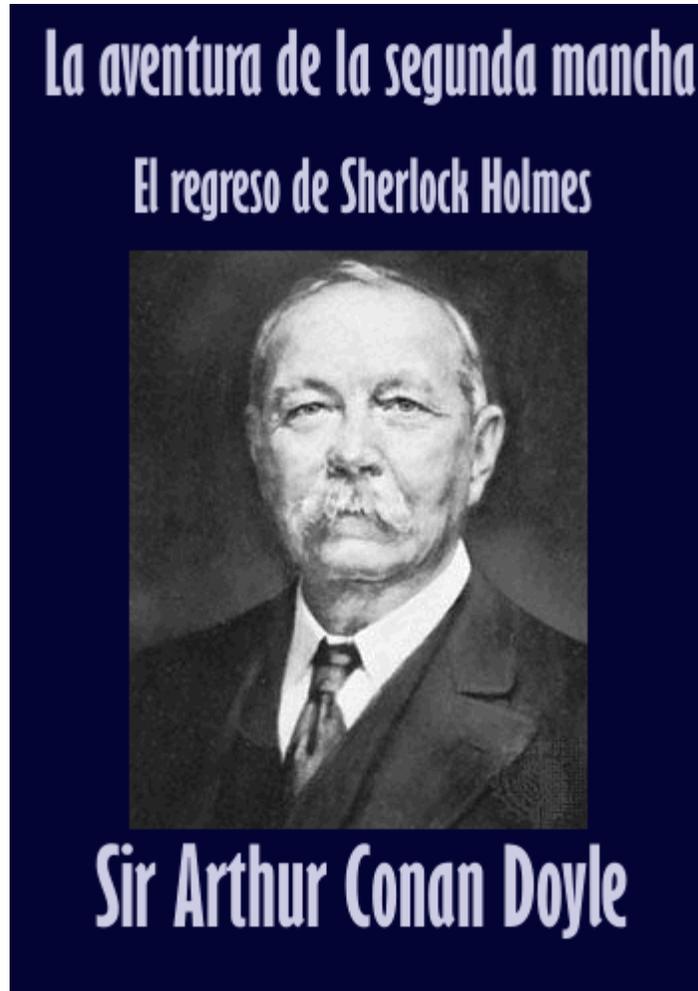


La aventura de la segunda mancha
Sir Arthur Conan Doyle



Mi intención era que «La aventura de Abbey Grange» hubiera sido la última de las aventuras de mi amigo Sherlock Holmes que yo diera a conocer al público. Esta decisión no se debía a la escasez de material, ya que dispongo de notas acerca de varios centenares de casos que nunca he llegado a mencionar, ni tampoco a que mis lectores hayan ido perdiendo interés por la personalidad única y los métodos extraordinarios de este hombre inigualable. La verdadera razón hay que buscarla en el poco entusiasmo demostrado por el propio señor Holmes ante la continua publicación de sus experiencias. Mientras estuvo ejerciendo su profesión, la relación de sus éxitos tenía para él una cierta utilidad práctica; pero desde que se retiró definitivamente de Londres, para dedicarse al estudio y la apicultura en las tierras bajas de Sussex, la notoriedad le ha llegado a resultar aborrecible, y ha insistido de manera terminante en que se respeten sus deseos en este aspecto. Sólo cuando le recordé que yo había prometido que «La aventura de la segunda mancha» se publicaría cuando llegase el momento adecuado, y le hice notar la conveniencia de que esta larga serie de episodios culminara en el más importante caso internacional que jamás se le encomendó, conseguí obtener su autorización para exponer al público una versión del asunto que hasta ahora se ha mantenido celosamente oculta. Si en algún momento del relato parece que soy algo inconcreto en ciertos detalles, el lector sabrá comprender que existe una excelente razón para mi reticencia.

Sucedió, pues, que un martes de otoño por la mañana, en un año y una década que quedarán sin precisar, recibimos en nuestros humildes aposentos de Baker Street a dos visitantes famosos en toda Europa. Uno de ellos, austero, solemne, dominante y con ojos de águila, era nada menos que el ilustre lord Bellingier, dos veces primer ministro de Gran Bretaña. El otro, moreno, elegante y de rasgos muy marcados, apenas entrado en la madurez y dotado de toda clase de cualidades físicas y mentales, era el muy honorable Trelawney Hope, ministro de Asuntos Europeos y el estadista más prometedor del país. Se sentaron uno junto al otro en nuestro sofá lleno de papeles revueltos, y se notaba a primera vista, por sus expresiones preocupadas y ansiosas, que el asunto que los había traído era de la máxima importancia. Las manos delgadas del primer ministro, surcadas por venas azules, apretaban con fuerza el puño de marfil de su paraguas, y su rostro demacrado y ascético nos dirigía sombrías miradas, primero a Holmes y después a mí. El ministro de Asuntos Europeos se tiraba, nervioso, del bigote y jugueteaba con los dijes de la cadena de su reloj.

-Cuando descubrí la pérdida, señor Holmes, lo cual sucedió a las ocho de esta mañana, informé inmediatamente al primer ministro. Ha sido idea suya que vengamos a verle.

-¿Han informado ustedes a la policía?

-No, señor Holmes -respondió el primer ministro, con la manera de hablar rápida y tajante que le había hecho famoso-. Ni lo hemos hecho ni es posible hacerlo. Informar a la policía equivaldría, a la larga, a informar al público, y esto deseamos evitarlo de manera muy especial.

-¿Y eso por qué, señor?

-Porque el documento en cuestión tiene una importancia tan tremenda que su publicación podría provocar fácilmente..., yo diría que casi con seguridad..., complicaciones de suma gravedad en el escenario europeo. No exagero al decir que podrían estar en juego decisiones de guerra o de paz. Si no podemos intentar recuperarlo en absoluto secreto, lo mismo da que no lo recuperemos, porque lo que se proponen los que lo han robado es, precisamente, dar a conocer su contenido.

-Comprendo. Y ahora, señor Trelawney Hope, le agradecería mucho que me explicara con exactitud las circunstancias en que desapareció este documento.

-Se puede decir en muy pocas palabras, señor Holmes. La carta..., porque se trata de una carta de un dirigente extranjero..., se recibió hace seis días. Era tan importante que ni siquiera la he querido dejar en mi caja fuerte, sino que la he llevado todas las noches a mi casa de Whitehall Terrace y la he tenido en mi habitación, dentro de un maletín cerrado con llave. Anoche estaba allí, de eso estoy seguro, porque abrí el maletín mientras me vestía para cenar y vi dentro el documento. Esta mañana va no estaba. El maletín se quedó toda la noche sobre la mesa de tocador, al lado del espejo. Yo tengo el sueño muy ligero, y mi esposa también. Los dos estamos dispuestos a jurar que nadie pudo entrar en nuestra habitación durante la noche. Y sin embargo, le repito que el documento ha desaparecido.

-¿A qué hora cenó usted?

-A las siete y media.

-¿Cuánto tiempo tardó en irse a la cama?

-Mi esposa había salido al teatro, y yo me quedé esperándola. No subimos a nuestra habitación hasta las once y media.

-¿Así que el maletín permaneció sin vigilancia durante cuatro horas?

-A nadie se le permite entrar en esa habitación, exceptuando a la mujer que la limpia por la mañana, y a mi ayuda de cámara y la doncella de mi esposa durante el resto del día. Y los dos son servidores de confianza, que llevan bastante tiempo con nosotros. Además, ninguno de ellos podía saber que en el maletín hubiera nada más importante que el papeleo normal del ministerio.

-¿Quién conocía la existencia de esa carta? -En mi casa, nadie.

-¿Ni siquiera su esposa?

-No, señor; no le dije nada hasta esta mañana, cuando eché en falta el documento.

El primer ministro asintió en señal de aprobación.

-Hace mucho que conozco su elevado sentido del deber en cuestiones de su cargo, señor -dijo-. Estoy convencido de que, tratándose de un secreto tan importante como éste, lo pondría por encima incluso de sus lazos familiares más íntimos.

El ministro de Asuntos Europeos correspondió con una inclinación de cabeza.

-Con eso no me hace usted más que justicia, señor. Hasta esta mañana no le había dicho a mi esposa ni una palabra del asunto.

-¿No podría ella haberlo adivinado?

-No, señor Holmes, ni ella ni nadie podría haberlo adivinado.

-¿Había perdido usted antes algún documento?

-No, señor.

-¿Quién conocía en Inglaterra la existencia de esa carta?

-Ayer se informó a todos los ministros del Consejo. Pero el juramento de secreto que rige en todas las reuniones del Gabinete se reforzó ayer con una solemne advertencia del primer ministro. ¡Dios mío! ¡Y pensar que a las pocas horas, yo mismo iba a perderlo! -su atractivo rostro se contrajo en una mueca de desesperación, mientras se mesaba el cabello con las manos. Por un momento, tuvimos una fugaz visión de cómo era aquel hombre por dentro: impulsivo, ardiente, extremadamente sensible. Pero al instante había adoptado de nuevo la máscara aristocrática y volvía a oírse su voz suave-. Además de los miembros del Consejo de Ministros, hay dos, o tal vez tres, altos funcionarios que están enterados de la existencia de la carta. Nadie más en toda Inglaterra, señor Holmes, se lo aseguro.

-¿Y en el extranjero?

-Me inclino a creer que no la ha visto nadie más que la persona que la escribió. Estoy convencido de que sus ministros..., de que no se han utilizado los cauces oficiales habituales.

Holmes reflexionó durante unos momentos.

-Bien, señor, tengo que pedirle detalles más concretos sobre ese documento, y saber por qué su desaparición puede acarrear tan graves consecuencias.

Los dos estadistas intercambiaron una rápida mirada, y las hirsutas cejas del primer ministro se contrajeron en un ceño fruncido.

-Verá, señor Holmes, está en un sobre largo y delgado, de color azul claro. Tiene un sello de lacre rojo, con un león rampante estampado. La dirección está escrita a mano, en letra grande y firme...

-Me temo -interrumpió Holmes- que, por muy interesantes e incluso esenciales que sean esos detalles, mi pregunta debe llegar a la raíz del asunto. ¿De qué trataba esa carta?

-Eso es un secreto de Estado de la máxima importancia, y me temo que no puedo decírselo, y tampoco me parece que sea necesario. Si usted, valiéndose de las facultades que se dice que posee, es capaz de encontrar el sobre que le he descrito, con su contenido, habrá prestado un gran servicio a su país y se habrá hecho merecedor de cualquier recompensa que esté en nuestra mano concederle.

Sherlock Holmes se puso en pie, sonriente.

-Son ustedes dos de los hombres más ocupados del país -dijo- y yo mismo, en mi modestia, también tengo mucho trabajo por hacer. Lamento muchísimo no poder ayudarles en este asunto, y prolongar esta entrevista sería una pérdida de tiempo.

El primer ministro se puso en pie de un salto, con aquel mismo brillo rápido y feroz en sus ojos hundidos que acobardaba a los consejos de ministros.

-¡No estoy acostumbrado...! -empezó a decir, pero logró dominar su cólera y se sentó de nuevo. Durante un minuto, o más, todos permanecemos en silencio. Por fin, el anciano estadista se encogió de hombros.

-Tendremos que aceptar sus condiciones, señor Holmes. No cabe duda de que tiene usted razón y no podemos esperar que se ponga en acción a menos que le otorguemos nuestra plena confianza.

-Estoy de acuerdo con usted, señor -dijo el estadista más joven.

-En tal caso, se lo contaré, confiando por completo en su honor y en el de su compañero, el doctor Watson. También podría apelar a su patriotismo, ya que no se me ocurre una desgracia peor para nuestro país que la que podría producirse si saliera a la luz este asunto.

-Puede usted confiar en nosotros.

-Pues bien, la carta es de cierto dirigente extranjero, molesto por algunos sucesos coloniales en los que ha intervenido recientemente nuestro país. La ha escrito en un arrebato y bajo su propia responsabilidad. Por lo que hemos podido averiguar, sus ministros no saben nada del asunto. Lo malo es que está redactada de un modo tan poco afortunado y algunas frases son tan provocativas, que si se publicaran darían lugar, sin duda, a un estado de opinión muy peligroso. Se produciría en el país una ebullición de tal calibre que me atrevería a decir que, a la semana de publicarse la carta, este país se vería envuelto en una terrible guerra.

Holmes escribió un nombre en una hoja de papel y se la pasó al primer ministro.

-Exacto. Ha sido él. Y su carta, esta carta que puede significar un gasto de miles de millones y la pérdida de cientos de miles de vidas humanas, es la que se ha perdido de manera tan

inexplicable.

-¿Han informado usted al remitente?

-Sí, señor; hemos enviado un telegrama en clave.

-Tal vez él desee que la carta se publique.

-No, señor; tenemos razones de peso para creer que él se ha dado cuenta de que actuó de manera acalorada e imprudente. Para él y su país, la publicación de esta carta supondría un golpe aún más duro que para nosotros.

-En ese caso, ¿a quién le interesa que se publique la carta? ¿Por qué puede desear alguien robarla o publicarla?

-Ahí, señor Holmes, nos metemos en el campo de la alta política internacional. Pero si considera usted la situación en Europa, no le resultará difícil comprender el motivo. Europa entera es un campamento armado. Existen dos alianzas con una potencia militar bastante equilibrada. Gran Bretaña se encuentra en condiciones de inclinar la balanza. Si se viera arrastrada a la guerra contra una de las dos confederaciones, esto aseguraría la supremacía de la otra, tanto si ésta entra en guerra como si no. ¿Me sigue usted?

-Con toda claridad. Así pues, a los enemigos de este gobernante les interesaría apoderarse de la carta y publicarla, con el fin de crear un enfrentamiento entre su país y el nuestro.

-Eso es.

-¿Y a quién se le enviaría este documento, en caso de caer en manos enemigas?

-A cualquiera de las grandes cancillerías de Europa. Probablemente, en estos instantes ya va camino de una de ellas, a toda la velocidad a la que pueda llevarla un vehículo de vapor.

El señor Trelawney Hope dejó caer la cabeza sobre el pecho y suspiró en voz alta. El primer ministro apoyó una mano consoladora en su hombro.

-Ha tenido usted mala suerte, querido amigo. Nadie le culpa de nada. No ha omitido usted ninguna precaución. Y ahora, señor Holmes, ya dispone usted de todos los datos. ¿Qué medidas recomienda?

Holmes movió la cabeza con expresión triste.

-¿Está usted convencido, señor, de que si no se recupera ese documento habrá guerra?

-Lo considero muy probable.

-Entonces, señor, prepárese para la guerra.

-Esas son palabras muy duras, señor Holmes.

-Considere los hechos, señor. Es completamente imposible que lo robaran después de las once y media de la noche, ya que, según he creído entender, el señor Hope y su esposa permanecieron en su habitación desde esa hora hasta que se descubrió el robo. Así pues, lo tuvieron que robar ayer, entre las siete y media y las once y media, probablemente más cerca de la primera hora, ya que es obvio que quien se lo llevó sabía que estaba allí, y lo más natural es que procurara apoderarse de él lo antes posible. Ahora bien, dada la hora en que se robó y la importancia del documento, ¿dónde puede estar ahora? Nadie tiene motivo alguno para retenerlo. Es preciso hacerlo llegar rápidamente a manos de quienes lo necesitan. ¿Qué posibilidades tenemos a estas alturas de alcanzarlos, ni siquiera de seguirles la pista? Ni la más mínima.

El primer ministro se levantó del sofá.

-Lo que dice es completamente lógico, señor Holmes. A mí también me parece que el asunto está fuera de nuestras posibilidades.

-Supongamos, sólo a manera de hipótesis, que lo hubiera robado la doncella o el ayuda de cámara.

-Los dos son sirvientes antiguos y de confianza.

-Me pareció entender que su habitación se encuentra en la segunda planta, que no se puede entrar desde fuera de la casa, y que nadie habría podido llegar desde dentro sin que le vieran. En tal caso, la carta tiene que haberla robado alguien

de la casa. ¿A quién se la pudo entregar el ladrón? A cualquiera de los varios espías internacionales y agentes secretos, con cuyos nombres estoy relativamente familiarizado. Hay tres de ellos que podrían considerarse como las estrellas de su profesión. Comenzaré mis indagaciones intentado averiguar si todos ellos continúan en sus puestos. En caso de faltar alguno de ellos, y sobre todo si falta desde anoche, dispondremos de algún indicio sobre el lugar de destino del documento.

-.Por qué no habría de continuar en su puesto? -preguntó el ministro de Asuntos Europeos-. Podría perfectamente haberlo llevado a alguna embajada en Londres.

-No creo que lo haya hecho. Estos agentes trabajan por libre, y muchas veces sus relaciones con las embajadas son algo tirantes.

El primer ministro asintió en señal de aprobación.

-Creo que tiene usted razón, señor Holmes. Tratándose de un botín tan valioso, lo llevaría personalmente. Su línea de acción me parece excelente. Mientras tanto, Hope, no podemos descuidar nuestros otros deberes a causa de esta desgracia. En caso de producirse alguna novedad durante el día de hoy, nos pondremos en comunicación con usted. Y usted, naturalmente, nos tendrá al corriente de los resultados de sus investigaciones.

Los dos estadistas hicieron una inclinación de cabeza y salieron de la habitación con aire solemne.

Cuando nuestros ilustres visitantes se hubieron marchado, Holmes encendió su pipa sin pronunciar palabra y se quedó un buen rato sumido en profundas reflexiones. Yo me había puesto a hojear el periódico de la mañana y me encontraba inmerso en un crimen sensacional que se había cometido en Londres la noche antes, cuando mi amigo soltó una exclamación, se puso en pie de un salto y dejó la pipa sobre la repisa de la chimenea.

-Sí -dijo-; no hay mejor manera de abordarlo. La situación es muy grave, pero no desesperada. Si pudiéramos estar seguros de cuál de ellos la tiene..., porque todavía es posible que no haya salido de sus manos. Al fin y al cabo, estos tipos se mueven por dinero, y yo cuento con el respaldo del Tesoro Nacional. Si está a la venta, puedo comprarla, aunque ello signifique que todos paguemos un penique más de impuestos. Es perfectamente posible que nuestro hombre esté aguardando a escuchar las ofertas de este bando antes de probar suerte con

el otro. Y sólo existen tres hombres capaces de jugar un juego tan arriesgado: Oberstein, La Tothiere y Eduardo Lucas. Tendré que verlos a los tres.

Yo eché un vistazo al periódico.

-¿Se refiere usted a Eduardo Lucas, de Godolphin Street?

-Sí.

-Pues a ése no lo verá usted.

-¿Por qué no?

-Esta noche ha sido asesinado en su casa.

Eran tantas las veces que mi amigo me había asombrado en el transcurso de sus aventuras, que sentí verdadera satisfacción al darme cuenta de que esta vez era yo quien le había dejado completamente atónito. Me miró como alucinado y me arrebató el periódico de las manos. Esto era lo que estaba leyendo cuando él se levantó de su asiento:

ASESINATO EN WESTMINSTER

La pasada noche se cometió un crimen en circunstancias misteriosas en el número 16 de Godolphin Street, una vetusta y solitaria calle de edificios del siglo XVIII, situada entre el río y la Abadía, casi a la sombra de la gran torre del Parlamento. La pequeña pero señorial mansión llevaba varios años habitada por el señor Eduardo Lucas, muy conocido en los círculos sociales por su atractiva personalidad y por tener merecida fama de ser uno de los mejores tenores aficionados del país. El señor Lucas era soltero, de treinta y cuatro años, y su servicio estaba formado por la señora Pringle, su anciana ama de llaves, y un ayuda de cámara llamado Mitton. La primera se retira pronto y duerme en el piso alto. El ayuda de cámara había salido a visitar a un amigo que reside en Hammersmith. Así pues, el señor Lucas se quedó solo en casa desde las diez de la noche. Todavía no se sabe lo que ocurrió en ese tiempo, pero a las doce menos cuarto, el agente de policía Barrett, que hacía la ronda por Godolphin Street, observó que la puerta del número 16 se encontraba entreabierta. Llamó sin obtener respuesta y, al advertir una luz en la habitación delantera, avanzó por el pasillo y llamó de nuevo a la puerta de esta habitación, con idéntico resultado negativo. Entonces abrió la puerta de un empujón y penetró en la estancia. La habitación se encontraba en absoluto desorden, con todos los muebles amontonados a un lado y una silla volcada en el centro. Junto a esta silla, aferrado todavía a una de sus patas, yacía el desdichado inquilino de la casa. Había recibido una puñalada en el corazón, que debió producirle la muerte instantánea.

El cuchillo con el que se cometió el crimen es una daga india de hoja curva, descolgada de una panoplia de armas orientales que adornaba una de las paredes. En cuanto al móvil del crimen, no parece haber sido el robo, ya que no falta ninguno de los objetos de valor que contenía la habitación. El señor Eduardo Lucas era tan conocido y apreciado que su violenta y misteriosa muerte ha provocado una gran consternación en su extenso círculo de amistades.

-Bien, Watson, ¿qué le parece esto?

-Una coincidencia asombrosa.

-¡Una coincidencia! Aquí tenemos a uno de los tres hombres que habíamos señalado como posibles participantes en este drama, y resulta que muere de una manera violenta durante las mismas horas en que el drama se representaba. Las posibilidades de que se trate de una coincidencia son tan ínfimas que no existen números para representarlas. No, querido Watson, los dos sucesos están relacionados..., tienen que estar relacionados. A nosotros nos toca descubrir la relación.

-Pero ahora la policía estará enterada de todo.

-Nada de eso. La policía sabe lo que ha visto en Godolphin Street. No sabe, ni sabrá, nada de lo sucedido en Whitehall Terrace. Sólo nosotros estamos al tanto de los dos sucesos, y podemos intentar descubrir la relación entre ambos. De todas maneras, hay un detalle evidente que habría bastado para orientar mis sospechas hacia Lucas. Godolphin Street está en Westminster, a pocos minutos de Whitehall Terrace. Los otros dos agentes secretos que he mencionado viven al extremo del West End. Por tanto, a Lucas le resultaba más fácil que a los otros establecer un contacto o recibir un mensaje de la casa del ministro de Asuntos Europeos. Es poca cosa, pero cuando los hechos se concentran en tan pocas horas puede resultar esencial. ¡Caramba! ¿Qué tenemos aquí?

Había aparecido la señora Hudson, trayendo en bandeja una tarjeta de mujer. Holmes le echó

un vistazo, levantó las cejas y me la pasó a mí.

-Dígale a lady Hilda Trelawney Hope que tenga la bondad de pasar -dijo.

Un momento después, nuestro humilde apartamento, que ya se había visto honrado aquella mañana, se honró aún más con la entrada de la mujer más encantadora de Londres. Yo había oído hablar con frecuencia de la belleza de la hija menor del duque de Belminster, pero ni las descripciones ni las fotografías en blanco y negro me había preparado para el sutil y delicado encanto y el hermoso colorido de aquella cabeza exquisita. Sin embargo, tal como nosotros la vimos aquella mañana de otoño, no era su belleza lo primero que impresionaba al observador; el cutis era admirable, pero se veía pálido de emoción; los ojos brillaban, pero su brillo era febril; la delicada boca se apretaba y fruncía en un intento de mantener la calma. El terror, y no la belleza, era lo primero que saltaba a la vista cuando nuestra hermosa visitante quedó momentáneamente encuadrada en el marco de la puerta.

-¿Ha estado aquí mi marido, señor Holmes? -Sí, señora, ha estado aquí.

-Señor Holmes, le suplico que no le diga que he venido. Holmes respondió con una fría inclinación de cabeza y le ofreció un asiento.

-Señora, me coloca usted en una situación muy delicada. Le ruego que se siente y me explique qué desea; pero me temo que no puedo hacerle promesas incondicionales.

La dama cruzó la habitación y se sentó de espaldas a la ventana. Verdaderamente, aquella mujer alta, elegante e intensamente femenina tenía el porte de una reina.

-Señor Holmes -dijo mientras cruzaba y descruzaba las manos, enfundadas en guantes blancos-, voy a hablarle con sinceridad, y confío en que usted, a cambio, sea sincero conmigo. Entre mi marido y yo existe absoluta confianza en todos los aspectos, excepto en uno: la política. Para este tema, sus labios están sellados, no me cuenta nada. Ahora bien, me consta que anoche ocurrió en nuestra casa un incidente sumamente deplorable. Sé que ha desaparecido un documento. Pero como se trata de asunto político, mi esposo se niega a contarme los detalles. Sin embargo, es esencial..., esencial, repito..., que yo me entere de todo. Usted es la única persona, aparte de esos políticos, que conoce los hechos. Le ruego, pues, señor Holmes, que me informe con exactitud de lo sucedido y sus posibles consecuencias. Cuéntemelo todo, señor Holmes. No se calle por consideración a los intereses de su cliente, porque le aseguro que, aunque él no se dé cuenta, lo más conveniente para sus intereses sería confiar plenamente en mí. ¿Qué papel es ése que han robado?

-Señora, lo que me pide es completamente imposible. Ella dejó escapar un gemido y se cubrió el rostro con las manos.

-Tiene que comprenderlo, señora. Si su marido considera que debe mantenerla al margen de este asunto, ¿cómo voy a contarle lo que él ha decidido ocultar, habiendo conocido los hechos bajo promesa de secreto profesional? No está bien que me lo pida. Tendría que preguntárselo a él.

-Ya se lo he preguntado. He acudido a usted como último

recurso. Pero aunque no me diga nada concreto, señor Holmes, puede usted hacerme un gran servicio si me aclara un único detalle.

-¿Cuál, señora?

-¿Puede este incidente perjudicar la carrera política de mi marido?

-Bueno, señora, desde luego, a menos que se resuelva favorablemente, puede tener efectos muy lamentables.

-¡Ah! -exclamó ella, respirando hondo, como quien acaba de ver resueltas sus dudas-. Una pregunta más, señor Holmes: por un comentario que se le escapó a mi esposo bajo la primera

impresión del desastre, he creído entender que la pérdida de este documento podría acarrear terribles consecuencias para la nación.

-Si él lo dijo, no seré yo quien lo niegue.

-¿Qué clase de consecuencias?

-Lo siento, señora, otra vez me pregunta usted más de lo que yo puedo responder.

-En tal caso, no le haré perder más tiempo. No le culpo, señor Holmes, por negarse a hablar más abiertamente, y estoy segura de que usted, por su parte, no pensará mal de mí por intentar compartir los problemas de mi marido, aun en contra de su voluntad. Una vez más, le ruego que no le diga nada de mi visita.

Al llegar a la puerta se volvió para mirarnos y tuve una última visión de aquel rostro hermoso y atormentado, con los ojos asustados y la boca apretada. Un instante después se había ido.

-Bueno, Watson, el bello sexo es su especialidad -dijo Holmes con una sonrisa cuando el ondulante frufú de las faldas concluyó con un portazo-. ¿A qué juega esta dama?

-Me parece que lo ha dicho bien claro, y su ansiedad es muy natural.

-¡Hum! Piense en su aspecto, Watson, en su manera de actuar, en su excitación contenida, su inquietud, su insistencia en hacer preguntas. Recuerde que pertenece a una casta que no suele exteriorizar sus emociones.

-Desde luego, venía muy alterada.

-Recuerde también el curioso convencimiento con que nos aseguró que sería mejor para su marido que ella lo supiera todo. ¿Qué quería decir con eso? Y se habrá fijado usted, Watson, en cómo se situó para tener la luz a la espalda. No quería que leyésemos su cara.

-Sí, se sentó en la única silla de la habitación.

-Sin embargo, los motivos de las mujeres son tan inescrutables... ¿Se acuerda de aquella mujer de Margate, de la que yo sospeché por la misma razón? Y lo que sucedía era que no se había empolvado la nariz. ¿Cómo puedes construir algo sobre bases tan movedizas? Sus actos más triviales pueden significar una inmensidad, y sus comportamientos más extraordinarios pueden depender de una horquilla o un rizador de pelo. Buenos días, Watson.

-¿Va usted a salir?

-Sí; pienso pasar la mañana en Godolphin Street, en compañía de nuestros amigos de la policía. La solución de nuestro problema depende de Eduardo Lucas, aunque confieso que aún no tengo ni idea de la forma que pueda adoptar. Es un error garrafal teorizar antes de conocer los hechos. Quédese en guardia, Watson, por si llegan nuevas visitas. Si me es posible, vendré a comer con usted.

Durante todo aquel día, el siguiente y el otro, Holmes se mantuvo de un humor que sus amigos llamarían taciturno y los demás malhumorado. Entraba y salía sin dejar de fumar, tocaba fragmentos de violín, se sumía en ensoñaciones, devoraba bocadillos a horas intempestivas y apenas respondía a las preguntas que yo le hacía de cuando en cuando. Era evidente que su investigación no marchaba por buen camino. No decía ni palabra sobre el caso, y tuve que enterarme por los periódicos de los detalles de la indagación y de la detención y posterior puesta en libertad de John Mitton, el ayuda de cámara de la víctima. El jurado de instrucción pronunció el evidente veredicto de «homicidio intencionado», pero los autores seguían siendo desconocidos. No se pudo hallar ningún móvil. La habitación estaba llena de objetos de valor, pero no habían robado ninguno. Tampoco se habían tocado los papeles del muerto. Dichos papeles fueron examinados minuciosamente, y demostraron que el fallecido era un verdadero experto en política

internacional, un chismoso incorregible, un notable lingüista y un infatigable escritor de cartas. Conocía íntimamente a los políticos más destacados de varios países. Pero no se pudo encontrar nada sensacional entre los abundantes documentos que llenaban sus cajones. En cuanto a sus relaciones con mujeres, parecían haber sido numerosas, pero superficiales. Tenía muchas conocidas, pero pocas amigas, y no parecía haber amado a ninguna. Era hombre de costumbres ordenadas y conducta inofensiva. Su muerte constituía un absoluto misterio, y lo más probable era que continuara siéndolo.

En cuanto a la detención de John Mitton, el ayuda de cámara, había sido una medida desesperada, como única alternativa a no hacer nada. Pero no se pudo mantener la acusación. Aquella noche, Mitton había estado visitando a unos amigos en Hammersmith y disponía de una coartada perfecta. Es cierto que emprendió el regreso a casa con tiempo de sobra para llegar a Westminster antes de la hora en que se descubrió el crimen, pero alegó que había hecho parte del camino andando, lo cual parecía bastante probable, dado que hacía una noche deliciosa. El caso es que llegó a casa a las doce de la noche, y pareció quedar abrumado por la inesperada tragedia. Siempre se había llevado bien con su señor. En sus cajones se habían encontrado varios artículos pertenecientes a la víctima -entre ellos, un estuche con navajas de afeitar-, pero él explicó que se trataba de regalos de la víctima, y el ama de llaves corroboró esta versión. Mitton llevaba tres años trabajando al servicio de Lucas. Llamaba la atención que éste nunca lo llevase con él al continente. Lucas hacía ocasionales viajes a París, que podían durar hasta tres meses, pero Mitton se quedaba al cuidado de la casa de Godolphin Street. En cuanto al ama de llaves, no había oído nada la noche del crimen. Si su señor había recibido alguna visita, tuvo que abrirle la puerta él mismo.

Así pues, por lo que yo pude leer en los periódicos, el misterio llevaba durando ya tres días. Si Holmes sabía algo más, se lo guardaba para sí mismo. No obstante, me había dicho que el inspector Lestrade le mantenía informado del caso, así que me constaba que estaba al tanto de los detalles de la investigación. Al cuarto día, el Daily Telegraph publicó un largo comunicado de su corresponsal en París, que parecía resolver todo el asunto:

«La policía de París acaba de realizar un descubrimiento que levanta el velo del misterio que envolvía la trágica muerte de Eduardo Lucas, asesinado durante la noche del pasado lunes en Godolphin Street, Westminster. Como recordarán nuestros lectores, el señor Lucas fue encontrado apuñalado en su habitación, y se llegó a sospechar de su ayuda de cámara, aunque éste disponía de una coartada que disipó toda sospecha. Ayer, en París, la servidumbre de una mujer, identificada como la señora de Henri Fournaye, que reside en una pequeña mansión de la Rue Austerlitz, comunicó a las autoridades que su señora presentaba síntomas de locura. Tras someterla a un examen, se comprobó que, efectivamente, padecía una manía de carácter peligroso y permanente. La policía ha podido averiguar que la señora de Henri Fournaye había llegado de Londres el martes, y existen indicios que la relacionan con el crimen de Westminster. La comparación de fotografías ha demostrado de manera concluyente que los señores Henri Fournaye y Eduardo Lucas eran una misma persona y que, por alguna razón, el fallecido llevaba una doble vida entre Londres y París. La señora Fournaye, que es de origen criollo, tiene un carácter muy excitable, y en ocasiones ha sufrido ataques de celos de tipo histérico. Se sospecha que durante uno de estos ataques cometió el crimen que tanta sensación ha causado en Londres. No se han reconstruido aún sus movimientos durante la noche del lunes, pero se sabe con certeza que una mujer que responde a su descripción causó un gran revuelo el martes por la mañana en la

estación de Charing Cross con su aspecto enloquecido y sus gestos violentos. Así pues, parece probable que cometiera el crimen en un ataque de locura, o que perdiera el juicio a consecuencia de su acción. Por el momento, la infeliz mujer se ha mostrado incapaz de hacer una declaración coherente, y los médicos no abrigan esperanzas de que recupere la razón. Se ha sabido que la noche del lunes se vio a una mujer, que bien podría haber sido madame Fournaye, vigilando durante varias horas la casa de Godolphin Street.»

-¿Qué le parece esto, Holmes? -pregunté, después de haberle leído el artículo en alta voz mientras él terminaba el desayuno.

-Querido Watson -respondió, levantándose de la mesa y dando zancadas por la habitación-, va sé lo mucho que está usted sufriendo, pero si no le he contado nada en estos tres días es porque no hay nada que contar. Y tampoco este informe de París nos sirve de mucha ayuda.

-Pues parece que aclara de manera concluyente la muerte de ese hombre.

-La muerte de ese hombre no es más que un mero incidente, un episodio trivial en comparación con nuestra auténtica tarea, que consiste en seguir la pista de ese documento y salvar a Europa de la catástrofe. En estos tres días sólo ha ocurrido una cosa importante, y es que no ha ocurrido nada. Recibo informes del gobierno casi cada hora, y en ninguna parte de Europa se ha advertido señal alguna de agitación. En cambio, si esta carta estuviera circulando..., no, no puede estar circulando, pero en ese caso, ¿dónde está? ¿Quién la tiene? ¿Por qué la mantiene oculta? Esa pregunta me golpea el cerebro como un martillo. ¿Ha sido una coincidencia que Lucas muriera asesinado la misma noche en que desapareció la carta? ¿Llegó la carta a sus manos? ¿Acaso se la llevó esa esposa loca que resulta que tenía? Y si se la llevó ella, ¿estará en su casa de París? ¿Cómo podría yo registrarla sin despertar las sospechas de la policía francesa? Este es un caso, querido Watson, en el que la ley nos resulta tan peligrosa como los propios criminales. Estamos solos contra todos, pero lo que está en juego es tremendo. Si lograra resolverlo de manera satisfactoria, no cabe duda de que este caso representaría el broche de oro a mi carrera. ¡Ah, aquí llega el último parte de guerra! -echó un vistazo a la nota que acababan de entregarle-. ¡Vaya! Parece que Lestrade ha descubierto algo interesante. Póngase el sombrero, Watson, que vamos a dar un paseo hasta Westminster.

Era mi primera visita al escenario del crimen: una casa alta y estrecha, algo deslucida, cursi, correcta y sólida como el siglo que la vio nacer. El rostro de bulldog de Lestrade nos miraba desde la ventana delantera. Un corpulento policía de uniforme nos abrió la puerta y el inspector nos salió a recibir efusivamente. Nos hizo pasar a la habitación en la que se había cometido el crimen, pero ya no quedaba ninguna huella del mismo, con excepción de una fea mancha de forma irregular sobre la alfombra. Dicha alfombra era una pieza india, pequeña y cuadrada, situada en el centro de la habitación, y rodeada por amplios márgenes de precioso entarimado antiguo, formado por bloques cuadrados de madera muy pulimentados. Sobre la chimenea colgaba una magnífica panoplia llena de armas, una de las cuales era la que se había utilizado aquella trágica noche. Junto a la ventana había un suntuoso escritorio, y todos los detalles de la habitación -cuadros, alfombras y colgaduras- indicaban un gusto por lo fastuoso que rondaba los límites de la afectación.

-¿Ha leído las noticias de París? -preguntó Lestrade. Holmes asintió.

-Esta vez parece que nuestros amigos franceses han dado en el clavo. No cabe duda de que ocurrió como ellos dicen. Supongo que ella llamó a la puerta..., una visita sorpresa, porque el hombre mantenía sus dos vidas en compartimentos estancos..., y él la dejó entrar, porque no

podía dejarla en la calle. Ella le explicó cómo había logrado dar con él, le reprochó su conducta, una cosa llevó a la otra, y con esa daga tan al alcance de la mano pasó lo que tenía que pasar. Sin embargo, no debió suceder de buenas a primeras, porque todas estas sillas estaban corridas hasta allí, y el hombre tenía una en las manos, como si con ella hubiera intentado mantener a la mujer a distancia. Está todo tan claro como si lo hubiéramos visto.

Holmes arqueó las cejas.

-¿Y sin embargo, me ha hecho llamar?

-Ah, sí, es por otra cosa... Una pequeñez, pero de ésas que a usted le interesan... Una cosa bastante rara, ¿sabe?, podríamos decir que extravagante. No tiene nada que ver con el asunto principal..., nada que ver, eso salta a la vista.

-¿Y de qué se trata, pues?

-Pues bien, ya sabe usted que cuando se comete un crimen de este tipo ponemos mucho cuidado en dejarlo todo como estaba. No se ha cambiado nada de sitio. Hay un agente de guardia día y noche. Esta mañana, después de enterrar a la víctima y dar por terminadas las investigaciones en lo que a este cuarto se refiere, se nos ocurrió adecentarlo un poco. ¿Ve esa alfombra? Fíjese en que no está clavada al suelo, sólo colocada encima. Así que pudimos levantarla. Y encontramos...

-¿Sí? ¿Qué encontraron?

El rostro de Holmes se estaba poniendo tenso de ansiedad.

-Estoy seguro de que no lo adivinaría ni en cien años. ¿Ve usted esa mancha en la alfombra? Es de suponer que una buena parte debió de atravesar la alfombra hasta el suelo, ¿no le parece?

-Desde luego que sí.

-Pues bien, le sorprenderá saber que no hay ninguna mancha en la madera del suelo.

-¿Que no hay mancha! ¡Pero si tiene que haberla!

-Sí, eso pensaría cualquiera. Pero lo cierto es que no hay mancha.

Agarró la punta de la alfombra y la levantó para demostrar lo que decía.

-Sin embargo, la alfombra está tan manchada por debajo como por encima. Tiene que haber dejado alguna marca.

Lestrade se rió por lo bajo, encantado de tener tan desconcertado al famoso experto.

-Ahora verá la explicación. Sí que hay una segunda mancha, pero no está debajo de la primera. Véalo usted mismo.

Y diciendo esto, levantó otra parte de la alfombra y, efectivamente, allí había una gran mancha escarlata sobre la madera blanca del antiguo entarimado.

-¿Qué le parece esto, señor Holmes?

-Bueno, es muy sencillo. Las dos manchas coincidían, pero alguien ha girado la alfombra. Era fácil hacerlo, siendo cuadrada y no estando sujeta al suelo.

-Hombre, señor Holmes, no hace falta que usted nos diga que alguien ha girado la alfombra. Eso está clarísimo, ya que las manchas coinciden a la perfección con sólo poner la alfombra de esta otra manera. Lo que yo querría saber es quién giró la alfombra y por qué.

El rostro rígido de Holmes indicaba que mi amigo estaba vibrando de excitación interna.

-Vamos a ver, Lestrade -dijo-. ¿Ese policía del pasillo ha estado de guardia en la casa todo el tiempo?

-Pues sí.

-Bien, siga mi consejo. Interróguelo a fondo. No lo haga delante de nosotros. Llévelo a la habitación de atrás y nosotros nos quedaremos esperando aquí. Pregúntele cómo se ha atrevido a

dejar que entrase aquí gente y se quedara sola en esta habitación. No le pregunte si ha dejado entrar a alguien. Délo por hecho. Dígale que usted sabe que aquí ha estado alguien. Apriétele. Dígale que la única oportunidad que tiene de obtener el perdón es haciendo una confesión completa. ¡Haga exactamente lo que le digo!

-¡Por San Jorge, que si sabe algo yo se lo sacaré! -exclamó

Lestrade, saliendo disparado hacia el vestíbulo. A los pocos segundos oímos su voz autoritaria, procedente de la habitación de atrás.

-¡Ahora, Watson, ahora! -gritó Holmes con ansia frenética.

Toda la fuerza demoníaca que aquel hombre disimulaba bajo su máscara de indiferencia estalló en un paroxismo de energía. Apartó de un tirón la alfombra india, y un instante después estaba a cuatro patas, hurgando con las uñas las tablillas del suelo. Una de ellas se movió hacia un lado al introducir Holmes las uñas en la juntura, y giró hacia atrás como la tapa de una caja, descubriendo una pequeña y negra cavidad bajo el suelo. Holmes introdujo su ansiosa mano en el hueco y volvió a sacarla con un gruñido de disgusto y decepción. Estaba vacío.

-¡Deprisa, Watson, deprisa! ¡Hay que volverla a colocar!

Volvió a tapar el hueco y apenas habíamos tenido tiempo de colocar en su sitio la alfombra cuando oímos la voz de Lestrade en el pasillo. Al entrar, encontró a Holmes lánguidamente apoyado en la repisa de la chimenea, con expresión resignada y paciente, como si le costara trabajo disimular sus irreprimitos bostezos.

-Lamento haberle hecho esperar, señor Holmes. Ya veo que se está muriendo de aburrimiento con este asunto. Bien, pues sí que ha confesado. Acérquese, MacPherson, quiero que estos caballeros se enteren de su inexcusable conducta.

El enorme policía, sonrojadísimo y muy arrepentido, entró como arrastrándose en la habitación.

-Lo hice sin mala intención, señor, se lo aseguro. La señorita llamó anoche a la puerta..., se había equivocado de casa, ¿sabe usted? Y nos pusimos a hablar. Se siente uno muy solo cuando tiene que estar de guardia todo el día.

-Bien, ¿y qué sucedió luego?

-Quería ver el lugar donde se había cometido el crimen..., dijo que había leído la noticia en los periódicos. Era una señorita muy respetable y muy bienhablada, señor, y no vi nada de malo en dejarla que echara un vistazo. Cuando vio la mancha en la alfombra cayó desmayada al suelo y se quedó como muerta. Corrí a la parte de atrás y traje un poco de agua, pero no conseguí hacerla volver en sí. Entonces fui al «Ivy Plant», el bar de la esquina, para pedir un poco de brandy. Pero cuando regresé a la casa la joven había vuelto en sí y se había marchado. Supongo que se sintió avergonzada y no se atrevió a encararse conmigo.

-¿Y qué me dice de lo de mover esa alfombra?

-Verá, señor, desde luego estaba un poco arrugada cuando yo volví. Como ella se cayó encima, y la alfombra está sobre un suelo pulido, sin nada que la sujete... Así que la estiré un poco.

-Esto le enseñará que no puede usted engañarme, agente MacPherson -dijo Lestrade, muy digno-. Seguro que pensaba que nunca se descubriría que había faltado usted a su deber; pero ya ve que me ha bastado una simple mirada a esa alfombra para saber, sin ningún género de dudas, que en esta habitación había entrado alguien. Tiene usted suerte, joven, de que no falte nada, pues de lo contrario las iba a pasar negras. Lamento haberle hecho venir por una tontería como ésta, señor Holmes, pero pensé que podría interesarle el hecho de que la segunda mancha no

coincidiera con la primera.

-Ya lo creo, ha sido interesantísimo. Dígame, agente: ¿esa mujer sólo ha estado aquí una vez?

-Sí, señor, sólo una vez.

-¿Quién era?

-No sé cómo se llama, señor. Venía por un anuncio en el que pedían una mecanógrafa, y se equivocó de número... Era una señorita muy agradable y educada, señor.

-¿Alta? ¿Guapa?

-Sí, señor, era una joven muy crecidita. Y supongo que se podría decir que era guapa. Quizás hubiera quien dijera que era muy guapa. «¡Oh, agente, por favor, déjeme echar un vistazo!», me dijo. Era muy simpática y, ¿cómo le diría?, persuasiva, y no me pareció que hubiera nada de malo en dejarle asomar la cabeza por la puerta.

-¿Cómo iba vestida?

-Muy discreta, señor..., con una capa larga que le llegaba a los pies.

-¿Qué hora era?

-Empezaba a oscurecer. Estaban encendiendo las farolas cuando yo regresaba con el brandy.

-Muy bien -dijo Holmes-. Vamos, Watson, creo que tenemos cosas más importantes que hacer en otra parte.

Lestrade se quedó en la habitación delantera mientras el arrepentido agente nos abría la puerta para que saliéramos de la casa. En el escalón de entrada, Holmes dio media vuelta y enseñó algo que tenía en la mano. El policía lo miró y se quedó de piedra.

-¡Cielo santo, señor! -exclamó, con el asombro pintado en el rostro.

Holmes se llevó el dedo a los labios, volvió a meterse la mano en el bolsillo del pecho y estalló en carcajadas mientras nos alejábamos calle abajo.

-¡Excelente! -dijo-. Vamos, amigo Watson, está a punto de levantarse el telón para el último acto. Le tranquilizará saber que no habrá guerra, que el muy honorable Trelawney Hope no verá truncada su brillante carrera, que el indiscreto gobernante no será castigado por su indiscreción, que el primer ministro no tendrá que enfrentarse a ningún conflicto en Europa, y que con un poco de tacto y habilidad por nuestra parte nadie saldrá perjudicado por lo que podría haber sido un incidente gravísimo.

Mi mente se llenó de admiración por aquel hombre extraordinario.

-¡Lo ha resuelto usted! -exclamé.

-No del todo, Watson. Todavía hay algunos detalles que continúan tan oscuros como antes. Pero tenemos ya tanto que será culpa nuestra si no conseguimos el resto. Vamos derechos a Whitehall Terrace y pondremos fin al asunto.

Cuando llegamos a la residencia del ministro de Asuntos Europeos, Holmes preguntó por lady Hilda Trelawney Hope. Nos hicieron pasar a una sala de estar.

-¡Señor Holmes! -dijo la señora, con el rostro encendido de indignación-. Esto es muy indiscreto y desconsiderado por su parte. Creí haberle explicado que deseaba mantener en secreto la visita que hice, para que mi esposo no fuera a creer que me entrometo en sus asuntos. Y a pesar de ello, me compromete usted viniendo aquí y dando a entender que existen relaciones profesionales entre nosotros.

-Por desgracia, señora, no tenía alternativa. Se me ha encomendado recuperar ese importantísimo documento y me veo obligado, señora, a pedirle que tenga la amabilidad de entre-

gármelo.

La dama se puso en pie de un salto y todo el color desapareció de su hermoso rostro. Se le pusieron los ojos vidriosos, se tambaleó y pensé que iba a desmayarse. Pero en seguida, con un tremendo esfuerzo, se recuperó del golpe, y el asombro y la indignación más completos borraron cualquier otra expresión de sus facciones.

-¡Eso..., eso es un insulto, señor Holmes!

-Vamos, vamos, señora, es inútil. Entrégueme la carta. Ella se precipitó hacia la campanilla. - El mayordomo les indicará la salida.

-No le llame, lady Hilda. Si lo hace, frustrará mis sinceros esfuerzos por evitar un escándalo. Entrégueme la carta y todo saldrá bien. Si colabora conmigo, yo lo arreglaré todo. Si se me enfrenta, tendré que descubrirla.

Ella se irguió desafiante, con la dignidad de una reina, y clavó sus ojos en los de Holmes como si pretendiera leer en su alma. Tenía la mano en la campanilla pero no se decidía a hacerla sonar.

-Está intentado asustarme. No es muy de hombres, señor Holmes, eso de venir aquí a intimidar a una mujer. Dice que sabe algo. A ver, ¿qué es lo que sabe?

-Le ruego que se siente, señora. Si se cae, puede hacerse daño. No hablaré hasta que se haya sentado. Gracias.

-Le concedo cinco minutos, señor Holmes.

-Con uno me bastará, lady Hilda. Estoy enterado de su visita a Eduardo Lucas, de que usted le entregó el documento, de su ingenioso regreso de ayer a la habitación de Lucas, y de cómo sacó la carta del escondrijo que hay debajo de la alfombra.

Ella se le quedó mirando con el rostro ceniciento y tragó saliva dos veces antes de poder hablar.

-Está usted loco, señor Holmes..., ¡loco! -consiguió exclamar por fin.

Holmes sacó del bolsillo un trocito de cartulina. Era el rostro de una mujer recortado de una fotografía.

-Llevaba esto encima porque me pareció que podría resultarme útil -dijo-. El policía la ha reconocido.

Lady Hilda se quedó boquiabierta y dejó caer la cabeza hacia atrás.

-Vamos, lady Hilda. Usted tiene la carta. Aún se puede arreglar todo. No deseo causarle problemas. Mi misión habrá concluido cuando le entregue la carta a su esposo. Siga mi consejo y sea sincera conmigo; es su única oportunidad.

Había que descubrirse ante el valor de aquella dama. Ni siquiera entonces se dio por vencida.

-Le repito, señor Holmes, que comete usted un error absurdo.

Holmes se levantó de su asiento.

-Lo siento por usted, lady Hilda. He hecho lo que he podido, pero ya veo que todo es en vano.

Hizo sonar la campanilla y entró el mayordomo.

-¿Está el señor Trelawney Hope en casa?

-Llegará a la una menos cuarto, señor.

Holmes consultó su reloj.

-Todavía falta un cuarto de hora -dijo-. Muy bien, le esperaré.

Apenas había terminado el mayordomo de cerrar la puerta cuando lady Hilda cayó de rodillas a los pies de Holmes, con las manos extendidas y su bello rostro alzado e inundado de

lágrimas.

-¡Tenga piedad de mí, señor Holmes! ¡Tenga piedad! -suplicaba de manera frenética-. ¡Por amor de Dios, no se lo diga! ¡Usted no sabe cómo quiero a mi marido! ¡Por nada del mundo querría verle sufrir, y sé que esto le destrozará el corazón!

Holmes la hizo levantar.

-Gracias a Dios, señora, ha recuperado usted su buen juicio, aunque haya sido en el último momento. No hay un instante que perder. ¿Dónde está la carta?

Ella corrió hacia un escritorio, lo abrió y sacó un sobre azul y alargado.

-Aquí está, señor Holmes. ¡Ojalá no la hubiera visto nunca!

-¿Cómo podemos devolverla? -murmuró Holmes-. ¡Pronto, pronto, tenemos que encontrar la manera! ¿Dónde está el maletín de documentos?

-Sigue en el dormitorio.

-¡Qué buena suerte! Rápido, señora, tráigalo aquí.

Un momento después, la señora reaparecía con un maletín rojo en la mano.

-¿Cómo lo abrió la otra vez? ¿Tiene una copia de la llave? Sí, claro que la tiene. Ábralo.

Lady Hilda se había sacado del pecho una llavecita, con la que abrió el maletín. Estaba repleto de papeles. Holmes metió el sobre azul en medio del montón, entre las páginas de algún otro documento. Una vez cerrado, el maletín regresó al dormitorio.

-Ya estamos preparados -dijo Holmes-. Todavía nos quedan diez minutos. Lady Hilda, yo voy a hacer todo lo que esté de mi parte por encubrirla. A cambio, usted puede emplear estos minutos en explicarme con sinceridad qué significa todo este terrible embrollo.

-Se lo contaré todo, señor Holmes -gimió ella-. ¡Ay, señor Holmes, yo me cortaré la mano derecha antes que darle un disgusto a mi marido! No hay en todo Londres una mujer que ame a su esposo como yo amo al mío, y sin embargo, si él supiera lo que he hecho.... lo que me he visto obligada a hacer..., no me lo perdonaría nunca. Tiene un sentido del honor tan alto que no es capaz de olvidar ni de perdonar un acto deshonesto de otra persona. ¡Ayúdeme, señor Holmes! ¡Está en juego mi felicidad, su felicidad, nuestras mismas vidas!

-¡Dése prisa, señora, que se acaba el tiempo!

-Todo se debió a una carta mía, señor Holmes, una carta imprudente que escribí antes de casarme. Una carta tonta, la carta de una chiquilla impulsiva y enamorada. Yo la escribí de manera inocente, pero a mi marido le habría parecido monstruosa. Si la hubiera leído, habría perdido para siempre la confianza en mí. Hace años que la escribí y creía que el asunto estaba olvidado. Pero entonces apareció este hombre, Lucas, y me dijo que la carta había caído en sus manos y que se la iba a enseñar a mi marido. Le supliqué que no lo hiciera, y él me dijo que me devolvería mi carta si yo le proporcionaba cierto documento que, según él, había en el portafolios de mi marido. Tenía algún espía en el ministerio, que le había informado de su existencia. Me aseguró que mi marido no sufriría ningún perjuicio. Póngase en mi lugar, señor Holmes. ¿Qué podía yo hacer?

-Contárselo todo a su marido.

-¡No podía, señor Holmes, no podía! Por un lado, la catástrofe me parecía segura; por el otro, y aunque me resultara terrible robarle papeles a mi marido, se trataba de un asunto de política y sus consecuencias se me escapaban, mientras que en un asunto de amor y confianza las consecuencias me parecían muy claras. ¡Lo hice, señor Holmes! Saqué un molde de su llave y ese hombre, Lucas, me hizo una copia. Abrí el maletín, saqué el documento y lo llevé a Godolphin Street.

-¿Y que sucedió allí, señora?

-Llamé a la puerta como habíamos convenido. Lucas abrió. Lo seguí hasta su habitación, dejando entreabierta la puerta del vestíbulo, porque me daba miedo quedarme a solas con aquel hombre. Recuerdo que al entrar me fijé en una mujer que había en la calle. Nuestro negocio quedó concluido en un instante: él tenía mi carta sobre el escritorio; yo le entregué el documento; él me dio la carta. Y en aquel momento oímos un ruido en la puerta y pasos en el pasillo. Lucas levantó a toda prisa la alfombra, metió el documento en alguna especie de escondrijo que tenía allí, y lo tapó de nuevo.

»Lo que sucedió a continuación es como una espantosa pesadilla. Conservo la visión de una cara morena y desencajada, y el sonido de una voz de mujer que gritaba en francés: «¡Mi espera no ha sido en vano! ¡Por fin te he encontrado con ella!» Se entabló una lucha feroz. Recuerdo que él cogió una silla, y que en las manos de ella brillaba un cuchillo. Escapé corriendo de aquella terrible escena, huí de la casa y no supe más hasta

la mañana siguiente, cuando leí en el periódico el terrible desenlace. Sin embargo, aquella noche dormí feliz, porque había recuperado mi carta y no sabía aún lo que me reservaba el futuro.

»A la mañana siguiente me di cuenta de que no había hecho más que cambiar un problema por otro. La angustia de mi marido cuando descubrió la desaparición de ese papel me llegó al alma. Tuve que contenerme para no arrodillarme a sus pies allí mismo y confesarle lo que había hecho. Pero aquello significaría tener que confesar también el pasado. Aquella mañana fui a visitarle a usted para hacerme una idea del alcance de mis actos. Cuando comprendí la enormidad del asunto, ya no pensé en otra que no fuera recuperar el documento de mi marido. Tenía que seguir estando donde Lucas lo había dejado, ya que lo guardó antes de que aquella terrible mujer entrara en la habitación. De no haber sido por su repentina llegada, yo no me habría enterado de dónde estaba el escondrijo. ¿Cómo podía volver a entrar en aquella habitación? Vigilé la casa durante dos días, pero la puerta nunca se quedaba abierta. Anoche hice el último intento. Ya sabe usted cómo me las arreglé para conseguir mi objetivo. Me traje el documento a casa, y había pensado destruirlo, porque no se me ocurría ninguna manera de devolverlo sin tener que confesárselo todo a mi marido. ¡Cielos, oigo sus pasos en la escalera!

El ministro de Asuntos Europeos irrumpió muy nervioso en la habitación.

-¿Alguna noticia, señor Holmes? ¿Alguna noticia? -preguntó.

-Tengo algunas esperanzas.

-¡Ah, gracias a Dios! -se le iluminó el rostro-. El primer ministro ha venido a comer conmigo. ¿Podemos hacerle partícipe de sus esperanzas? A pesar de que tiene nervios de acero, me consta que apenas ha dormido desde que ocurrió este terrible suceso. Jacobs, ¿quiere pedirle al primer ministro que suba? Lo siento, querida, me temo que se trata de un asunto político. Nos reuniremos contigo en el comedor dentro de unos minutos.

El primer ministro parecía tranquilo, pero por el brillo de sus ojos y el temblor de sus huesudas manos se notaba que estaba tan nervioso como su joven colega.

-Tengo entendido que dispone usted de alguna información, señor Holmes.

-Puramente negativa, por el momento -respondió mi amigo-. He investigado en todos los lugares donde podría encontrarse el documento, y estoy seguro de que no hay peligro de que caiga en malas manos.

-Pero eso no es suficiente, señor Holmes. No podemos seguir viviendo permanentemente sobre semejante volcán. Necesitamos algo concreto.

-Tengo esperanzas de conseguirlo. Por eso estoy aquí. Cuanto más pienso en este asunto,

más convencido estoy de que la carta no ha salido de esta casa.

-¡Señor Holmes!

-De haber salido, es indudable que a estas alturas ya se habría publicado.

-Pero ¿por qué iba nadie a robarla sólo para dejarla en esta casa?

-No estoy convencido de que haya sido robada.

-Entonces, ¿cómo pudo salir del portafolios?

-No estoy convencido de que haya salido del portafolios.

-Señor Holmes, si es una broma, no tiene gracia. Puedo asegurarle que salió del maletín.

-¿Ha examinado usted el maletín desde el martes por la mañana?

-No; no hacía ninguna falta.

-Es posible que la haya pasado por alto.

-Eso es absolutamente imposible.

-Pues yo no estoy convencido. He visto casos parecidos. Supongo que habrá otros papeles en ese maletín. Puede haberse mezclado con ellos.

-Estaba encima de todos.

-Alguien puede haber movido el maletín, descolocando su contenido.

-Le digo que no. Lo saqué todo.

-De todas maneras, es fácil comprobarlo, Hope –intervino el primer ministro-. Que traigan aquí ese maletín.

El ministro hizo sonar la campanilla.

-Jacobs, tráigame el maletín de los documentos. Esto es una ridícula pérdida de tiempo, pero si no se va a quedar satisfecho de otra manera, haremos lo que dice. Gracias, Jacobs; déjelo ahí. Siempre llevo la llave en la cadena del reloj. Mire, aquí están todos los papeles: carta de lord Merrow, informe de sir Charles Hardy, memorándum de Belgrado, notas acerca de los impuestos sobre los cereales en Rusia y Alemania, carta de Madrid, nota de Lord Flowers... ¡Cielo santo! ¿Qué es esto? ¡Lord Bellinger! ¡Lord Bellinger!

El primer ministro le arrebató de la mano el sobre azul. -¡Sí, es ésta! ¡Y la carta está intacta! Hope, le felicito. -¡Gracias! ¡Gracias! ¡Qué peso me he quitado de encima! ¡Pero esto es inconcebible..., es imposible! Señor Holmes, es usted un mago..., ¡un brujo! ¿Cómo sabía que estaba aquí?

-Porque sabía que no estaba en ninguna otra parte.

-¡No puedo creer lo que ven mis ojos! -corrió frenético hacia la puerta-. ¿Dónde está mi mujer? ¡Hilda! ¡Hilda! -su voz se perdió por la escalera.

El primer ministro miró a Holmes con un centelleo en los ojos. -Vamos, vamos -dijo-. Aquí hay más de lo que salta a la vista. ¿Cómo volvió la carta a meterse en el maletín?

Sonriendo, Holmes se volvió para eludir el intenso escrutinio de aquellos ojos extraordinarios.

-También nosotros tenemos nuestros secretos diplomáticos -dijo.

Y recogiendo su sombrero, se encaminó hacia la puerta.